

VITORIA, LA CULTA,

Y

EL CURA DE ELORRIAGA.

Hay una provincia entre las Vascongadas cuya capital se ha ido formando, primero, por un castillo y palacio que allá en remotos tiempos se irguieran sobre la cima del aislado cerro, que promediaba entónces, como ahora, una gran llanada; y después por los almenados muros que á esta central altura circundaran, dejando para su población calles tan estrechas y curvas, como era reducido y circular el recinto que tales muros le dejaran.

Al castillo y al palacio hubieron de suceder el templo y la empuñada torre que hoy corona esta propia altura, y á cuya sombra creció y se desarrolló un pueblo industrial de modestas y apiñadas casas, las que contrastaban de cuando en cuando con las masas de otras más elevadas de torre central y salientes cubos, algunas de las que hemos alcanzado á ver todavía, cual la de Avendaño, y de cuyo carácter feudal nos hemos ocupado en otra parte.

Fuera de esta pequeña y amurallada zona, pero en adjunto barrio, aparecía tambien otro pueblo de diferente condición y raza, tolerado y regimentado por el primero hasta en las necesidades más precisas de la vida, por ajustarse en un todo á la legalidad que se le imponía. Este barrio era y se llama aún la *Judería*, por más que hoy se escriba en sus esquinas *Calle Nueva*. Consérvase aún su estructura interior, y más de una vez, al recorrer sus pobres y tristes calles, hemos traído á la memoria las históricas escenas por allí pasadas—y que hoy se reproducen con un anacronismo inexplicable en los pueblos más cultos de Europa—habiendo poco que ha llegado á desaparecer el arco ó portal de su entrada, bajo el que giraba la doble puerta que al anochecer dejaba encerrado á este pueblo tan sufrido como enemigo, por más que, entre otros servicios, prestára el dominado al dominante sus médicos, sus farmacéuticos y otros agentes facultativos. Pero volvamos á la primitiva ciudad, a la antigua *Gasteiz*, a la actual Vitoria.

Su población apenas salió por siglos del estrecho recinto que sus murallas le pautaron, y sólo ya en los más cercanos—como puede verse en el curioso cuadro que se guarda en la municipalidad—el templo y parroquia de San Miguel y más allá el convento de San Antonio, fueron como las primeras avanzadas de la población actual, que comenzó á correrse al llano, hasta levantarse mucho después su plaza Nueva; y más posteriormente, de 1822 á 26, las nuevas casas de la plaza de Bilbao, para salirse hoy, como quien dice, de madre, inundando con sus novísimas y elegantes el trayecto que mediaba desde sus últimas construcciones á la Estacion del ferro-carril del Norte. Mas esta hermosa y moderna calle, orgullo hoy de los vitorianos, estará siempre acusando á los que no le permitieron que no fuese sólo hermosa, sino excepcional, si hubiera tenido por eje el que estaba proyectado y había de enlazar la Estación con los arcos de la nueva plaza, proyecto monumental, porque ya lo era por sí esta misma plaza. Ocasiones tales aparecen raramente á los pueblos, y deben servir de un gran remordimiento el dejarlas escapar.

Al llegar aquí, ocioso será decir que nos vamos refiriendo á la gran construcción que tiene hoy lugar en la cultísima ciudad de Vitoria, y que, por lo tanto, ya no es su antigua y alta población la que brilla y domina, sino la de su plaza Nueva y su calle de la Estación, que es donde confluye al presente, como en el corazón del cuerpo humano, todo el calor y la sangre toda de su representación social. Ya la parte antigua ha quedado como relegada al estado eclesiástico y á las artes y oficios de laboriosos artesanos, ó como punto de mira desde su elevada torre, para contemplar á vista de pájaro aquella magnífica llanada, cuyos pueblecitos y aldeas *ya eran tantos como días tiene el año* al principiar el siglo XVI, segun lo escribe un viajero tan observador como ilustre, si bien habla de los bosques de *encinas* que la poblaban, y que creemos equivocaba con los del roble, que es la producción natural de la tierra. Mas si estos bosques han desaparecido, no el espectáculo de sus muchas y graciosas aldeas, dependientes las más de la municipalidad vitoriana, las que prolijamente observadas desde la torre ya indicada, parecen como los polluelos acá y allá esparcidos de una gallina gigante representada en la ciudad, y que intenta recogerlos con entreabiertas alas, sin permitir su extravío.

Pues en una de esas pequeñas aldeas, llamada *Elorriaga*, es donde reside el protagonista que vá á ser el objeto de estas pobres líneas,

cuyo carácter eclesiástico ya dejamos estampado al principiarlas, y con cuyo cognomento es más conocido en la ciudad, en la provincia y fuera de ella, que por su nombre de D. Fernando Alvisu. Y ya que sabes, lector amigo, su cognomento y su nombre, ¿te quieres acercar á él personal y moralmente?..... Pues vén á dar un paseo desde la ciudad á esta aldea. La distancia es la más apropiada para hacer moderado ejercicio; es el que acostumbran á hacer los paseantes filósofos de esta ciudad, y el mismo que hubo un tiempo hacíamos nosotros con otros amigos más calculadores que filósofos, alguno de los que ya nos ha tomado la delantera en la peregrinación forzosa del sepulcro. Pero apartemos tristes memorias y comencemos á andar por la bien conservada carretera que se dirige á Navarra. Antes, empero, de desembocar en ella, reparad en este edificio de aspecto tan sencillo como severo. Es el hospital civil de esta población, modelo de los de su clase, como lo es Vitoria en todos los que posee pertenecientes á su pública administración. Las clases superiores de este pueblo administran y celan este establecimiento y su limpieza y la abundancia de sus sopas presentan el conjunto de un pensamiento tan caritativo como culto. El pobre aquí, mientras padece, ha debido á Cristo y á la cultura vitoriana, las conveniencias del rico: es cuanto se puede decir.

Ya estamos en la carretera: contemplad ahora esa alturita á la mano derecha. Aquí, como en otras partes, no quedaba colina sin ermita entre la religiosidad de los antiguos. Esa pertenecía á *Santa Lucía*, y ya véis que está hoy acompañada de una agradable morada que la hace más pintoresca. Pues ese *chalet* recuerda la piedad y la laboriosidad de una alemana, cuyos goces fueron en vida respirar los aires de esa altura, cuando sólo descansaba en los días de fiesta.

Hemos llegado á *Elorriaga*: ésta es su iglesia. Mirad á su frente esa casa cerrada y silenciosa con el fronton heráldico de sus armas. Ese es el palacio abandonado de una vanidad humana, y muy disculpable, por cierto, en los pasados tiempos. Ahí se reunían los caballeros nobles, cuando eran una necesidad sus conferencias, como hoy las de nuestras modernas libertades. Ahí estaba su archivo nobiliario cuando tenía alguna verdad lo que entónces se llamaba alcurnia ¡Mas cuánto han cambiado los tiempos! Ya hoy no se conoce otra más ideal é histórica que la que resulta de un *factor* que todo lo puede, lo resuelve y lo allana todo, y que no queremos nombrar. Hoy no se necesitan tales papelotes, ni reyes de armas que los extiendan. ¿Tenéis el *factor*? Pues

marchad á Roma; comprad un título pontificio, y os pavoneais como los que á esta casa venían, aunque buscando entónces entronques de mayorazgos ó la herencia de acaudaladas rentas.

Cierto es que lo nobiliario concluía en las extravagancias que tanto flageló Cervantes; pero sostenían cierto principio moral de honra y de honor, que alejaban ese movimiento materialista á que tan violentamente nos empuja el indicado *factor*, para pensar apénas en el culto del espíritu.

Denlos un paso más: este es el alto plátano; hé aquí el árbol que es como el centinela perpétuo de la modesta vivienda del cura de *Elo-riaga*. Esta es su casa; llamemos, y miéntas nos abren, os diré algo de cómo principió su vida, segun indirectamente hemos podido averiguarlo, porque D. Fernando no es hombre que dá notas para la prensa, ni entiende los halagos de su incienso.

Nació en Aranarache (Nabarra) á 25 de Abril de 1807, y paralizó sus estudios de 1823 á 24 por los sucesos políticos de aquella época, emprendiéndolos después en las Universidades de Irache, Zaragoza y Pamplona. A los diez y ocho años de su edad ya había obtenido por oposición el beneficio que hoy disfruta, si bien en tan corta edad tuvo que servirlo por capellán, hasta que pudo ponerse al frente de tan reducido rebaño.

Ya abren la puerta; él propio nos la ha venido á abrir y nos está pidiendo perdón por lo que nos ha hecho esperar. Su ama ha salido; ha quedado solo y estaba sacando el agua para regar sus hortalizas con la máquina de rosario que él mismo se ha dispuesto, á fin de economizar con su personal fuerza la más potente del bruto, á cuya manutención no podría ocurrir. A esta máquina, en vez de palanca ó manubrio, le ha aplicado un cordón sin fin, y al tirar de esta cuerda con ambas manos, puede sacar hasta 100 cántaros de agua en media hora, y más de tres en cada minuto.

Lo estáis viendo: su personalidad no acusa el dominio de la materia sobre el espíritu; de mediana estatura y de cuerpo enjuto, los años han hecho más salientes los pómulos de su pequeño rostro; pero como véis en el retrato que os presentamos, sus ojos dicen con su vivacidad la lucidez de su alma.

Después de cortesés cumplidos, os conducirá á un pequeño pabellón donde descansan sus visitantes. Es microscópico como su huerta, pero contiene mesa y asientos rústicos, y retratos, y recuerdos, y

hasta fósiles singulares, teniendo así este recibimiento todas las riquezas del espíritu y toda la sencillez de un buen cura de aldea.

Desde que habréis entrado os habrán llamado la atención las líneas y festones de peras, manzanas y tomates, cuya diversidad de especies forman la variada ornamentación de las paredes de esta casa, y no podréis ménos de preguntarle: «¿De dónde os vino tanta afición para producir los trofeos vegetales que aquí vemos?—Desde muy niño—os responderá—pude sentirla, porque siendo mis padres ricos ganaderos y labradores, tuve ocasión de satisfacerla en sus tierras, plantando é ingertando hasta 50 patrones, cuando sólo tenía diez años, y haberlo visto hacer una sola vez.—¿Pero me han dicho—le replicaréis—que ya en edad madura, por esa misma afición, salisteis al extranjero para estudiar sus progresos?—Y él os contestará:—Es verdad, en 1857, y á los cincuenta de edad, recorrí parte de la Francia y de la Bélgica, ansioso de estudiar lo que tanto llamaba mi atención. Más el esfuerzo de mi voluntad habría sido estéril sin la ilustrada cooperación y competente guía de un francés sábio y bueno que mis primeros pasos guió, hablándome en lengua propia, cuando yo por entónces desconocía la suya. Y no cesará de hablaros con gratitud de este ilustrado extranjero y de sus merecidas alabanzas. Y, en efecto, á él debió el que pudiera recorrer con provecho los viajes de exploración á que entónces se entregaba.

Mas ya estaréis impacientes por recorrer la huerta, objeto de vuestra visita; pasemos á ella. Contempladla: ya véis que no es notable por su extensión y grandeza; su cabida no llega á tres celemines, y su terreno cultivable no pasa de uno y medio. Pero notad cómo están aumentadas las superficies con sus *espaliers* y sus alambreras. Mediante esta dilatación artificial es como contiene las 25 especies de vid que su cultivadór os mostrará, habiendo llegado hasta obtener 90 variedades de peras y 40 de manzanas en tan reducido recinto. Este año, sin embargo, la sequedad y una gran plaga de orugas, ha disminuido este número de frutales ingertos en membrillo, y su cultivadór se ha dedicado con más preponderancia á las parras y á la huerta. A pesar de su edad, todavía trabaja con sus manos, y es como el pescador, que no abandona, sino con los últimos impulsos de su vida, ni sus redes ni su barca. Esto es lo que se nos ha representado más de una vez cuando al declinar los últimos rayos de la luz, y cuando lo han dejado sus muchas virtudes, lo hemos sorprendido cavando, regando ó abo-

nando, sin hacer caso del sutil airecillo que entre su agitación extrema le hacía flotar el ensortijado cabello de sus respetables canas.

Nos preguntaréis por qué decimos que *cuando las visitas lo dejan*. Pues es porque, si por una parte pudieran halagar tantos visitantes la vanidad de otro que no fuera él, la cualidad y el número de los que lo visitan le hacen paralizar más de una vez la acción de sus brazos y fáltale el tiempo para seguir sus trabajos, trabajos subordinados siempre al que le dejan las muchas obligaciones de su parroquial ministerio, porque además de éstas y de las horas de su rezo, tiene el doble carácter de Arcipreste de veinticinco parroquias, con otros cargos que le ocupan, por término medio, más de seis horas diarias. Que no es la horticultura ni la arboricultura el objeto principal de sus tareas, sino las de sus deberes superiores, cuales son el culto del Crucificado, sostener su moral, y aplicar sus bienes al redil de las ovejas que le están confiadas. Para el cura de Elorriaga, su huerto es sólo la distracción honesta con que fortifica y apuntala el peso de sus años, y con la que embota la más sensible y diaria del pobre que le llora, y la más triste aún de recoger los últimos suspiros del feligrés que baja á la tumba, Como lo recibió un día, al nacer, sobre la pila del bautismo. Por esto, cuando no es día festivo, y la lluvia ó la nieve no le impiden trabajar, pónese á ejecutarlo, y tiene que dejarlo más de una vez luego que resuena en su oído la fatal campanilla que le anuncia una banda de visitantes.

Contrariado en su propósito, su espíritu se afecta; pero se resigna en su interior, y los recibe á todos con paternal benevolencia, recordando, con Lamartine, que si el cura no tiene familia, pertenece, no obstante, á todas las familias; y que un hombre á quien las gentes llaman *padre*, no puede cerrar la puerta á sus hijos, por más que tenga que abandonar muchas veces sus trabajos para el siguiente día, ya pasada la oportunidad, ó ejecutarlos á hurtadillas, para tener que hacerlos mal. Mas como su huerto es lo secundario, confórmase bien pronto á esta pena, como no se puede conformar á que lo conozcan ántes que su iglesia. No hace meses que el orador Castelar era uno de estos visitantes, rodeado de los amigos de sus ideas, y el cura de Elorriaga, ántes que á sus tomates y sus vides, lo invitaba á visitar su querida iglesia, su púlpito tallado, el bordado en relieve de su pendón artístico, y los vasos florentinos de piadosas ofertas con que la han enriquecido algunos de sus visitantes. En vano los acompañantes del tribuno

le hacían observar al cura de Elorriaga que su amigo conocía todas las catedrales de Europa y que le faltaba tiempo para observar sus vides. El cura de *Elorriaga* oponía su empeño, y el tribuno pasó á la iglesia, y el tribuno confirmó que el cura tenía razón en considerar á su iglesia—siendo ésta de aldea—como una catedral relativa.

Tal es el cura de Elorriaga, que ha llegado á ser, por las gentes, como una celebridad local. El, sin embargo, extraña que pueda serlo por un huerto que, á sus ojos, nada vale, y es todavía más opuesto á que, por encomiarlo, como algunos lo han hecho, les haya servido de pretexto para rebajar su clase. «*Sentiría en el alma*—nos decía un día en nuestra granja, temeroso de que pudieramos escribir algo en su obsequio,—*de que teniéndome yo por el más ínfimo sacerdote, se me pusiese en los cuernos de la luna para rebajar á otros: todos no pueden tener tales aficiones, y si yo las tengo por la horticultura, otros se ocupan de cosas más serias y trascendentales.*»

Por fortuna, jamás ha pasado por nuestra mente tentación semejante. Que una clase que es la consoladora de todas las miserias del alma y del cuerpo, como dice el escritor ya nombrado; el obligado mediador entre la riqueza y la indigencia, oyendo llamar á su puerta, al pobre y al rico, éste para depositar sin ostentacion sus limosnas, y aquél para recibirlas sin vergüenza; que no pertenece á ningun rango social, y que se enlaza, sin embargo, con todas las clases; á las inferiores, por su vida pobre, y muchas veces por la humildad de su nacimiento; á las elevadas, por la educación, la ciencia y la nobleza de los sentimientos que una religión filantrópica inspira y ordena; á esta clase no se le puede rebajar porque se celebre á alguno de sus individuos, como no la puede desprestigiar la flaqueza humana de otros.

Por otra parte, los que conocen nuestro carácter, algo rebelde por su gravedad á la facilidad de aumentar con el incienso ciertas debilidades, nos harán la justicia de creer que si en estas líneas—contra la voluntad del interesado—hacemos más pública su nombradía, arrojando tal vez su amistoso desagrado, es porque lo hacemos precisamente, más que por el individuo, por su clase entera. Desearíamos, en efecto, que en todos los seminarios hubiera una cátedra en que se dieran algunas nociones de horticultura y arboricultura, por la que pudieran multiplicarse curas como el de Elorriaga, que, después de cumplir con las obligaciones de eclesásticos, de moralistas y de administradores espi-

rituales de sus feligreses, se dedicáran, como su mejor distracción, al cultivo de sus reducidas huertas.

Entónces, cumplidas sus obligaciones para con el cielo, serían también maestros para mejorar los frutos de la tierra, y se sentiría en los campos y en las aldeas un nuevo movimiento agrícola, si no de concepciones altas en el conocimiento de la ciencia, de otras más precisas y vulgares, cual es la de extender los conocimientos de la poda, del ingerto y del cultivo de ciertas plantas domésticas. ¡Cuál, en efecto, no podría ser la propaganda que ejercieran semejantes eclesiásticos retirados allá en sus respectivas aldeas, al ser visitados por la mitad, cuando ménos, de los cien aficionados (*amateurs*) que lo hacen por mes al cura de *Elorriaga*, para investigar sus trabajos, ó sorprender sus curiosidades! Ayudados en ese día, aunque no fuera más que con las migajas de los altos presupuestos con que hoy pretenden las diputaciones levantar sus granjas-modelos, se extenderían por todo el reino sus cátedras *prácticas* y sus reducidos *campos experimentales*, en el recinto de sus huertos.

Y no son éstas ideas y deseos, las ideas y los deseos de nuestra actual época. Ya en 1797 el mismo Consejo de Castilla prohibaba igual aspiración y comenzó á publicarse el *Semanario de Agricultura y Artes, dirigido á los Párrocos*, con el objeto, segun se decía en su Introducción, de «instruir al pueblo, por medio de los maestros de la moral, en las labores del campo, economía rústica y oficios necesarios á la vida.» Que el buen cura no es una abstracción mística, ni mucho ménos un sér tan aislado como egoísta, ciudadano sin lazos entre la familia humana. Después de conducir almas al cielo y de enjugar las lágrimas que pueda, en el valle á donde la Providencia haya podido colocarlo, él debe vanagloriarse de la prosperidad y grandeza de su pátria, como San Pablo un día invocó su dignidad y su ciudadanía romana. Pues, á su semejanza, el cura de *Elorriaga*, tiene en mucho su cualidad de español, y en no menor precio su origen vasco-navarro.

MIGUEL RODRIGUEZ FERRER.

